

La pregunta como posibilidad transferencial en Synestiasis. La pregunta como posibilidad dialéctica



Nicolás Chalavazis Acosta

Resumen

Preguntar, desde luego una aceptación de algún saber pero, igualmente, evidencia clara de que el saber de otro, vero o supuesto, ha desajustado la consistencia imaginaria del inquisidor; sus metáforas, afirmaríase Nietzsche. Entonces, se pregunta acaso para corroborar lo sabido y, desde luego, para tapar la angustiante brecha que el Otro, por alguna razón, ha producido. Sin embargo, se revela otra posibilidad inquisitiva que no sólo la de querer taponar la angustia de la insensatez abierta por el análogo, si bien no riñe con ella, se le superpone y amalgama: Preguntar, acto erótico, revelación de que se ha supuesto algo en el otro. Preguntar, entonces, evidencia del lazo social y posición ante el saber. Los textos freudianos sobre la transferencia lo corroboran.

El grupo de interés Sinestiasis supone esta posibilidad erótica para que las figuras conductoras del mismo, contando con ella, -si se establece- trasladen la suposición desde una mera pregunta por su persona hasta la pregunta por el saber propio y el del análogo. En otras palabras, en Sinestiasis, más allá que procurar alcanzar una verdad conceptual única, se intenta una valoración de la palabra, de la pregunta y del lazo social. Ejercicio dialéctico.

Palabras clave: Anhelos de saber, deseo, Eros, erótico, Freud, inquisición, Lacan, preguntar, transferencia, saber, *Sinestiasis*.

1. Introito. ¿Qué es preguntar?

Preguntar es un intento por saber algo, una indagación que se relaciona con algo, siempre una búsqueda que le apunta a otra cosa. Esta característica le brinda cualidades significativas, es decir, de asignación¹. Empeñarse en esta hora en escribir sobre los distintos tipos de inquisición clasificándolos de acuerdo a la clase de objetos que se intentan obtener acaso resulte soso e infructuoso.

Preguntar supone, en primera medida, una apuntación a otro (a otro como lugar, por sobre todo), una permisión del ingreso del otro de manera particular. ¿De qué modo? ¡Suponiéndole alguna cognición acerca de lo preguntado! El sujeto inquisidor entonces, está íntimamente ligado a su pregunta, desde luego, pero

¹ Es decir, de σημείωσις (semeíosis): semiosis; Es decir, de signación, señalamiento, significación.



incluye profundamente al otro semejante. Hay un nodo de afectación que sólo anuda quien pregunta: el sujeto está, de antemano, afectado; por ello pregunta. El padecimiento, el πάθημα, (*Páthema*: Padecimiento, lo padecido) es antecedente, pero acaso también atado al sentido, al significante. Así mismo, luego de este antecedente, el inquisidor le **transfiere** una cualidad al otro que le permite afectarlo con su posición o con su respuesta. Sin esa transferencia de sapiencia de lo más fundo, los verbos del otro acaso nada son. Esto es lo que se entiende por nodo de afectación.

Preguntar evidencia una de las maneras del lazo social. El análogo está, de antemano, reconocido, incluido como lugar.

Aquel otro puede ser, desde luego, un sujeto, un análogo, puede tratarse de alguien de carne y hueso que sostenga un semblante, que le haga creer al otro de alguna manera que él es u ostenta el lugar de saber que se le endilga.

2. Excurso psicoanalítico.

El término transferencia acaso merezca en este punto unas breves consideraciones al constituirse en soporte argumentativo fundamental:

En su *Interpretación de los sueños*, en 1900, Freud versa de la transferencia para ejemplarla como uno de los mecanismos en los que puede operar la resistencia en el proceso onírico; se refería al momento en el que ocurre un desplazamiento de contenido que se enlaza a otra representación.

Empero, el concepto va demudando y comienza a ser empleado para designar a lo que sucede en la sesión psicoanalítica. En su texto *La dinámica de la transferencia* de 1912, Freud dice que el término ha sido trabajado por W. Stekel de forma descriptiva; No obstante, Freud lo emplea para intentar esclarecer el proceso

con el cual el sujeto asume una 'modalidad erótica' que le permite elegir a su objeto de amor.

Dice Freud: "Por mi parte, quiero añadir algunas observaciones encaminadas a explicar por qué la transferencia surge necesariamente en toda cura psicoanalítica y cómo llega a desempeñar el papel que todos conocemos" (1982a 1648).

Desde luego, Freud ansía comprender, para ese tiempo, cómo es que se manifiesta la transferencia en su consulta para así poder obrar con ella en lo que él denomina hasta ese entonces 'cura'. ¿Por qué se justifica hablar de la clínica en este texto si la reflexión gira en torno al sujeto de qué es preguntar?

Freud evidencia la transferencia en sus sesiones pero, lo deja claro, no constituye un morbo que sólo hace su aparición en la sesión. La capacidad de transferir resulta siendo una condición inherente a todo neurótico, término que incluso llegó a denominarse en la clínica *neurosis de transferencia*. Entonces, lo que quiere hacer Freud no es discriminar la natura de la transferencia sino saber qué hacer con ella cuando lo hace en la clínica y, sobre todo, cuando aquélla coadyuva al objetivo de la resistencia, cuando se opone a la 'cura' y al saber del síntoma, del padecimiento.

Las siguientes expresiones que se exponen más abajo atestiguan el propósito intelectual de Freud en el texto mencionado:

"En primer lugar, no comprendemos por qué la transferencia de los sujetos neuróticos sometidos al análisis se muestra mucho más intensa que las de otras personas no analizadas, y, en segundo, nos resulta enigmático por qué al análisis se nos opone la transferencia como la resistencia más fuerte contra el tratamiento, mientras que fuera del análisis hemos de reconocerla como substrato del efecto terapéutico y condición del éxito" (1982a, 1649).

Así mismo continúa: "Vamos a aproximarnos a él, o sea la cuestión de por qué la transferencia se nos opone, como resistencia, en el tratamiento psicoanalítico" (1649).

Los siguientes extractos, a su vez, demuestran que no hay una diferencia entre la transferencia que se da en los casos de los neuróticos que van a análisis que la de las demás personas (neuróticas, de hecho) que no se acercan al dispositivo: "No es cierto que la transferencia surja más intensa y desenfrenadamente en el psicoanálisis que fuera de él" (1649).

Igualmente: "Así pues, no debemos atribuir al psicoanálisis, sino a la neurosis misma, estos caracteres de la transferencia" (1649).

Entonces, aunque Freud se empeña en evidenciar cómo la aparición de la resistencia en el análisis se liga al objetivo de la resistencia, acaba desvelando, tangencialmente, la dinámica misma de la transferencia; condición inherente al neurótico que puede o no estar en un tratamiento.

La lógica de la transferencia que se deduce de ese texto, (de la cual se servirá este opúsculo), evidencia algunos elementos:

- a. Las fuentes de lo que se constituirá en una particularidad electiva que se evidenciará en la transferencia deben buscarse tanto en la disposición congénita así como en las influencias de los años infantiles.
- b. De esta *crisis* particular en cada sujeto puede deducirse la determinación de una modalidad especial de su vida erótica y las condiciones que habrá de exigir en ella, además de una satisfacción pulsional². Hay asuntos que el sujeto no elige, como su disposición congénita y, así mismo, algunas de sus vivencias en los años infantiles; hay otras, empero, que sí elige, como la posición que toma en su vida erótica, debido a esas marcas. Freud lo dice más bella y certeramente: "la modalidad especial de su vida erótica, fijando los fines de la misma, las condiciones que el sujeto habrá de exigir en ella y los instintos que en ella habrá de satisfacer" (1982a, 1649).
- c. La transferencia implica, además, un clisé, que será el que asocia o se superpone sobre una figura determinada³.

2 "Recordaremos, ante todo, que la acción conjunta de la disposición congénita y las influencias experimentadas durante los años infantiles determina, en cada individuo, la modalidad especial de su vida erótica, fijando los fines de la misma, las condiciones que el sujeto habrá de exigir en ella y los instintos que en ella habrá de satisfacer" (Freud, 1982a, pág. 1648).

3 "Resulta, así, un clisé (o una serie de ellos), repetido, o reproducido luego regularmente, a través de toda la vida, en cuanto lo permiten las circunstancias exteriores y la naturaleza de los objetos eróticos asequibles, pero susceptible también de alguna modificación bajo la acción de las impresiones recientes." (1982a, 1649). No creemos que el clisé sea necesariamente la marca del momento de satisfacción, aunque depende de cierta asociación a un momento de satisfacción. Se trata además, de otros asuntos, de interpretaciones del sujeto y de posiciones que ha tomado frente a ella.

- d. La transferencia dependerá, definitivamente, de la libido. La transferencia lo es gracias a la sujeción o dependencia libidinal. El tema de la satisfacción, pues, queda anudado aquí.
- e. Al estar la libido asociada a imágenes y un clisé, se garantiza una suerte de repetición asociada a la satisfacción, ya que la realidad misma no ha garantizado la satisfacción del sujeto, dice Freud en ese texto.

La transferencia es un fenómeno libidinoso. Esto deja supeditado el asunto al plano de la satisfacción, una que no se desarrolla plenamente en el ámbito de lo somático aunque se soporte en él.

Para el momento en el que se desarrolla esta etapa de su teorización, en donde las famosas instancias psíquicas ulteriores todavía no se encuentran plenamente conceptuadas, Freud afirma, tratando de explicar las contrariedades psíquicas que impiden que una representación llegue directa y fácilmente a la consciencia, que ese camino libidinoso queda dificultado por diversos factores: por la presión de la consciencia con su veto, la cual restringe algunas representaciones a la inconsciencia; por la resistencia (de que algo llegue a la consciencia) así como por la realidad misma (que puede llegar a ser un impedimento a la satisfacción). Es decir, hay factores psíquicos (resistencia, consciencia, veto) y factores exteriores al sujeto, como la imposibilidad de hallar en la realidad la satisfacción supuesta.

Existen muchas vicisitudes que impiden un recto camino a la satisfacción y que explican tanto la retrotracción de la libido al sujeto mismo, (substrayéndola de la realidad y sus objetos), así como la explicación de que haya representaciones que permanezcan en la inconsciencia.

Lo clarifica el texto mismo: *"Esta parte, vuelta hacia la realidad, se halla a disposición de la personalidad consciente y constituye uno de sus componentes. En cambio, otra parte de tales tendencias libidinosas ha quedado detenida en su desarrollo por el veto de la personalidad consciente y de la misma realidad y sólo ha podido desplegarse en la fantasía o ha permanecido confinada en lo inconsciente, totalmente ignorada por la conciencia de la personalidad. El individuo cuyas necesidades eróticas no son satisfechas por la realidad, orientará representaciones libidinosas hacia toda nueva persona que surja en su horizonte, siendo muy probable que las dos porciones de su libido, la capaz de conciencia y la inconsciente, participen en este proceso"* (1982a).

Mírese en la frase *"En cambio, otra parte de tales tendencias libidinosas ha quedado detenida en su desarrollo por el veto de la personalidad consciente y de la misma realidad..."* la realidad participa de la lógica del veto. No sólo se trataría de una insatisfacción por ausencia de objeto sino porque la realidad, así se establece en este texto, veta. Se trata de una condición moral. La realidad aquí puede ser entendida entonces como un veto (a las tendencias libidinosas) que viene de afuera del sujeto, que no proviene de su aparato psíquico ni de su cuerpo. Ello hace que se evidencie la insatisfacción y que dichas tendencias (a la satisfacción) queden desplegadas en la fantasía y hasta en la inconsciencia.

Hay un veto a la tendencia a la satisfacción. Allí se estatuye lo moral. Además, el veto no sólo puede proceder de afuera, sino que viene del sujeto; en el caso de este texto: *"veto de la personalidad consciente"*. Es sabido que más adelante, en otros textos, anteriores y ulteriores, se sabrá que hay una parte del yo que no es consciente.

Hay una insatisfacción que se muestra como condición preestablecida y eminente, lo que la convierte en empuje a la satisfacción, en principio de satisfacción; el veto de la personalidad consciente al insistente empuje a la satisfacción y la imposibilidad de la satisfacción se estriba también en la particular relación con eso que es llamado en el texto realidad⁴.

Esta insatisfacción inherente, que no es más que esperanza de satisfacción, permite que el sujeto busque con ahínco, parcialmente consciente y parcialmente inconsciente, un objeto que le permita repetir. Ello (la satisfacción alguna vez vivida, la satisfacción añorada) garantizará la transferencia: *"Es, por tanto, perfectamente normal y comprensible que la carga de libido que el individuo parcialmente insatisfecho mantiene esperanzadamente pronta se oriente también hacia la persona del médico. Conforme a nuestra hipótesis, esta carga se atenderá a ciertos modelos, se enlazará a uno de los clisés dados en el sujeto de que se trate o, dicho de otro modo, incluirá al médico en una de las 'series' psíquicas que el paciente ha formado hasta entonces. (...) Aquellas peculiaridades de la transferencia sobre el médico, cuya naturaleza e intensidad no pueden ya justificarse racionalmente, se nos hacen comprensibles al reflexionar que dicha transferencia no ha*

4 *"...si la introversión o regresión de la libido no hubiese estado justificada por una determinada relación con el mundo exterior (generalmente por la ausencia de satisfacción), no hubiese podido tener efecto"* (Freud, 1982a, 1650).



sido establecida únicamente por las representaciones libidinosas conscientes, sino también por las retenidas o inconscientes" (1982a, 1648-1649).

En la clínica, que es el espacio en donde se intenta saber del síntoma (definición, con certeza incompleta y parva), aparece, paradójicamente, la transferencia aliada a la resistencia puesto que hay algo que no desea saber, pese a la volición consciente que se manifiesta en un deseo de saber, puesto que una vez pareciera el tratamiento acercarse al nódulo del complejo y con ello a la solución del síntoma (y, para el psicoanálisis, un saber), la instancia que ha considerado válido vetar a la representación a la que la libido se asocia, refuerza entonces la resistencia. *"La experiencia nos ha mostrado ser este el punto en la que la transferencia inicia su actuación".*

Es decir, que cuando se está próximo al saber que se pretendía, (dígase con bizarría: cuando se siente la cercanía del supuesto sosiego, el corte del nudo gordiano), aparece la transferencia en el análisis; se alía al objetivo de la resistencia manifestándose como una puesta en acto, una imposición de algo, en la figura del psicoanalista: *"Cuando en la materia del complejo (en el contenido del complejo) hay algo que se presta a ser transferido a la persona del médico, se establece en el acto esta transferencia, produciendo la asociación inmediata y anunciándose con los signos de una resistencia; por ejemplo, con una detención de las asociaciones" (1982a, 1650).*

Freud es claro: se trata de un complejo pero, a su vez, de un contenido. El contenido es significativo, digno de significación. Desde su *Interpretación de los sueños* Freud comprendió que lo reprimido se correlaciona con un sentido que ha sido vetado, que la persona lucha contra algo que mantiene al sentido oculto a la consciencia y que sus motivos tiene para hacerlo así. Las asociaciones se detienen, advierte. Hay algo de la

significación que no se quiere tocar, que no es conveniente que emerja. Así lo siente el paciente.

Desde luego, no constituye aquello todo lo que es reprimido, también existe eso que Freud denominó el ombligo del sueño, lo primordialmente reprimido. No obstante, no se hablará de eso ahora.

El deseo de saber se establece como una petición de sentido. La transferencia, tal como Freud lo denuncia en este texto de neta preocupación clínica, es enemiga del saber del síntoma. Va en contravía de lo que el sujeto denuncia en un comienzo. Entra la persona al análisis denunciando a viva voz: '¡deseo saber!', mas, el manifiesto, el fenómeno de la transferencia se le demuestra a Freud, hombre perspicaz, como enemiga de esa petición inicial. Eso es lo que desconcierta a Freud, porque para él el saber era importante.

La transferencia, siguiendo con lo que el texto puede revelar, se pone en marcha, se manifiesta como acto, al asociar algo, al liar algo preexistente sobre un objeto exotérico. Algo interno, pues, **por asociación** (y con un desconocimiento de la consciencia) se impone en (inviste sobre) algo externo.

Aparecen, entonces, en la lógica de la transferencia otros elementos que pueden exponerse:

- a. La relación con el saber (del síntoma, en el caso clínico),
- b. la asociación como lo que permite la puesta en marcha de la transferencia y
- c. la imposición, propiamente dicha, de algo, gracias a esa antedicha asociación, en un objeto exterior.

La transferencia, entonces, no puede ser confundida con la resistencia. Freud sabe, desde luego, que la transferencia puede aliarse a la resistencia, pero jamás resulta siendo ésta aquella. La posición ante el saber y ante el médico hacen que Freud haga una distinción taxonómica: Habría una resistencia negativa y otra positiva. ¿Positiva o negativa con respecto a qué? ¡Al saber del síntoma, por un lado y, por otro, aunque no es que esté desligado del anterior, a lo referido hacia la figura del médico!

Esta discriminación es útil para el siguiente trabajo, sobre todo en lo que se refiere a la relación con el saber. Más adelante se dirá por qué.

En otro texto, dos años posterior, titulado *Observaciones sobre el 'amor de transferencia'*, Freud clarifica un asunto que no fue explícito en el texto que se venía citando: La transferencia es, básicamente, la expresión de un fenómeno amoroso. Inclusive: el amor en el tratamiento, volcado en la figura del médico, resultará manifestando aparentemente una tendencia de transferencia positiva hacia el médico pero, justamente por eso, negativa hacia el saber del síntoma. El amor puede aliarse, en el dispositivo psicoanalítico, a la nesciencia de la consciencia.

Dirá Freud: *"En un principio no parece, ciertamente, que el enamoramiento surgido en la transferencia pueda procurarnos nada favorable a la cura. La paciente, incluso la más dúctil hasta entonces, pierde de repente todo interés por la cura y no quiere ya hablar ni oír hablar más que de su amor, para el cual demanda correspondencia. No muestra ya ninguno de los síntomas que antes la aquejaban, o no se ocupa de ellos para nada, y se declara completamente curada. (...) La primera vez que el médico se encuentra ante este fenómeno le es muy difícil no perder de vista la verdadera situación analítica y no incurrir en el error de creer realmente terminado el tratamiento"* (Freud, 1982b, 1690-1691).

¿Por qué el tratamiento no debe considerarse concluido, si a veces hasta desaparecen los síntomas cuando aparece el amor?

Primero, porque a diferencia de lo que la arte médica tradicional aduce y pretende, el psicoanálisis no confunde la desaparición del síntoma con la curación y, segundo, porque no se ha logrado saber de él y, en consecuencia, no se ha tomado otra posición. **Es el saber lo que permite una posición.**

El amor se sirve de la transferencia aliándose a la resistencia, que no es más que resistencia a saber: *"Pero la resistencia misma no crea este amor: lo encuentra ante sí, y se sirve de él, exagerando sus manifestaciones"* (1982b, 1694).

Entonces, tampoco puede fiarse el médico de una aparente transferencia positiva hacia él; no se trata de la figura del analista, sino de una postura ante el saber. El engaño consiste en que el médico pudiera envanecerse al sentirse apreciado y amado, objeto precioso. No es más que una falsía, debido a la asociación que ha permitido el volcamiento de algo sobre él; dolo inclusive para la consciencia de la persona que transfiere. El enamoramiento aparece allí como un abandono por el saber del síntoma. El objetivo del

analista, entonces, no debe ser más que uno: sostener el análisis, cuyo objetivo no es más que un saber.

El psicoanalista debe saber que él no es lo que el otro le ha puesto, que no se lo ama a él, que hay una intención de nesciencia y no debe deslumbrarse. El psicoanalista vendría siendo, entonces, un simple medio que permite la emergencia de la transferencia. Sobre él algo se inviste e impone. Pero el sujeto no lo sabe conscientemente.

Para 1914, entonces, la cura para Freud estaba puesta denotativamente en el saber: *"En primer lugar hemos de sospechar que todo aquello que viene a perturbar la cura es una manifestación de la resistencia y, por tanto, ésta tiene que haber participado ampliamente en la aparición de las exigencias amorosas de la paciente. Ya desde mucho tiempo antes veníamos advirtiendo en la sujeto los signos de una transferencia positiva, y pudimos atribuir, desde luego, a esta actitud suya con respecto al médico su docilidad, su aceptación de las explicaciones que le dábamos en el curso del análisis, su excelente comprensión y la claridad de inteligencia que en todo ello demostraba. Pero todo esto ha desaparecido ahora; la paciente aparece absorbida por su enamoramiento, y esta transformación se ha producido precisamente en un momento en el que suponíamos que la sujeto iba a comunicar o a recordar un fragmento especialmente penoso e intensamente reprimido de la historia de su vida. Por tanto, el enamoramiento venía existiendo desde mucho antes; pero ahora comienza a servirse de él la resistencia para coartar la continuación de la cura, apartar de la labor analítica el interés de la paciente y colocar al médico en una posición embarazosa"* (1982b, 1691).

¿Qué significa que el enamoramiento preexistía? Que no es el analista en sí mismo más que un medio para que emerja lo preexistente y que el sujeto lo usa tanto para ignorar así como para repetir. En la advertencia de ello radica la perspicacia freudiana.

La premisa fundamental del análisis se estriba en un lugar ético, es decir, se ampara en el deseo de saber de sí. Freud es claro: *"El hecho de que la paciente viera correspondidas sus pretensiones amorosas constituiría una victoria para ella y un total derrota para la cura"* (1982b, 1693) ¿Quién sería la que saldría invicta? ¡La parte (instancia) que no desea saber; o, mejor dicho, la que desea la nesciencia!

Lo digno de marcación, útil para el escopo de las presentes letras, es que Freud clarifica allí que la naturaleza de la transferencia es amorosa, que posee una

intención y que sus orígenes son infantiles. *"Cuando más resueltamente demos de hallarnos asegurados contra toda tentación, antes podremos extraer de la situación todo su contenido analítico. La paciente cuya represión sexual no ha sido aún levantada, sino tan sólo relegada a su último término, se sentirá entonces suficientemente segura para comunicar francamente todas las fantasías de su deseo sexual y todos los caracteres de su enamoramiento, y partiendo de estos elementos nos mostrará el camino que habrá de conducirnos a los fundamentos infantiles de su amor"* (1982b, 1693)

Aquí, entonces, correlaciona al enamoramiento con la repetición, que ya antes se había mencionado atado al clisé: *"Como segundo argumento contra la autenticidad de este amor aducimos la afirmación de que el mismo no presente ni un rasgo nuevo nacido de la situación actual sino que se compone, en su totalidad, de repeticiones y ecos de situaciones anteriores e incluso infantiles y nos comprometemos a demostrárselo así a la paciente con el análisis detallado de su conducta amorosa"* (1982b, 1694).

Al inicio de este escrito parvo, se ejemplaba con apartados del opúsculo *La dinámica de transferencia*, que la transferencia no es propia del fenómeno analítico. Si, ahora, con *Algunas observaciones sobre el amor de transferencia* se ha dilucidado que la transferencia es la manera en que sujeto ama y cómo ata este amor al saber; entonces, no resultará dificultoso entender lo predicho: que no hay diferencia fundamental en la transferencia de quienes van a análisis y quienes no van a él.

La discriminación la hace no la natura de lo que el transferir supone, sino la posición ética en la que el análisis se sitúa, posición disímil con la del amor que se genera *extra muros*, cuyo objetivo no es saber del síntoma, sino amar propiamente. En el psicoanálisis es el saber del sujeto el que está comprometido en lo más íntimo y justo por ello aparece la transferencia aliada al escopo de la resistencia: la nesciencia.

"Así, pues, los motivos éticos y los técnicos coinciden aquí para apartar al médico de corresponder al amor de la paciente" (1982b, 1695). Se trata no de un dictamen moral, sino de ética. Para el Psicoanálisis hay una distinción: Moral sería todo aquello que viene como imposición del otro (recuérdese que el otro evidencia la insatisfacción al vetar; es la relación con el otro), como deber ser del otro, mientras que ética sería la de la oposición a ese deber ser y una asunción del deseo propio. La ética del psicoanálisis lo es porque le

apunta al hueso de lo real pero, además, porque lo es del deseo, del saber del deseo.

La distinción ética fundamental que está en juego en los precitados textos freudianos con relación a la transferencia, que le servirá a estas letras, es una posición ante el saber.

Dice Freud: *"...es cierto que este enamoramiento se compone de nuevas ediciones de rasgos antiguos y repite reacciones infantiles. Pero tal es el carácter esencial de todo enamoramiento. No hay ninguno que no repita modelos infantiles. Precisamente aquello constituye su carácter obsesivo, rayado en lo patológico, procede de su condicionalidad infantil. El amor de transferencia presenta quizá un grado menos de libertad que el amor corriente, llamado normal; delata más claramente su dependencia del modelo infantil y se muestra menos dúctil y menos susceptible de modificación..."* (1982b, 1694).

La transferencia es la forma de amar de cualquiera (que sea neurótico). El psicoanálisis se establece como el dispositivo que permite saber de esa forma particular de amar (y de gozar) que tiene el sujeto. Freud deseaba llegar a un saber, para amar contando con eso conocido: *"No cabe perder de vista que su fin es devolver a la enferma la libre disposición de su facultad de amar, coartada ahora por fijaciones infantiles, pero devolvérsela no para que la emplee en la cura, sino para que haga uso de ella más tarde, en la vida real, una vez terminado el tratamiento"* (1982b, 1695).

Es justamente eso, su condicionalidad esencial, que en nada debe denominarse mórbida, lo que permite estudiar la transferencia primero desde el psicoanálisis para poder abordar de nuevo el tema central del texto, que implica al acto de preguntar, que podría no ser, substancialmente, un tema propiamente clínico.

Puede afirmarse ahora, sin temor, gracias al excursus efectuado, que el amor no es en sí mismo una negación del saber. Puede suponer lo contrario. Lacan afirma al respecto en su seminario *Aún*: *"...el amor, aunque se trate de una pasión que puede ser la ignorancia del deseo, no por ello es capaz de privarlo de su alcance"* (2009, 12).

El que el amor pueda servir para distraer a la persona de la sapiencia de su deseo es su coalición con las intenciones de la resistencia, y las implicaciones en las que se halla el sujeto con respecto a ese saber particular en el dispositivo, consecuencias que no se

presentan *extra muros*. Hablar en el dispositivo psicoanalítico implica acercarse, (y por ello, responsabilizarse), de algo de lo horroroso de sí.

Ha de notarse, en todo caso, el amor, (la capacidad amorosa del ser humano) es condición que permite la transferencia; en otras palabras, posibilita la catexia hacia el mundo, el interés (libidinoso) por el mundo. No hay más mundo que éste. Freud indica que una vez vencidos los temores, una vez que el sujeto ve que no ha de temer, una vez que se va venciendo la resistencia, es ese mismo amor de transferencia el que le permitirá al padeciente decir (aparentemente al médico; sería mejor expresarlo así: *decirse o decir para sí*) de lo reprimido (y de lo real); saber, pues.

"Un verdadero enamoramiento haría más dócil a la paciente, e intensificaría su buena voluntad para resolver los problemas de su caso, sólo porque el hombre amado lo pedía" (1982b, 1694).

Se ha dejado, sólo temporalmente, de lado un elemento: la repetición.

Ha de recurrirse a otro texto, del mismo año en que se escribió *Observaciones sobre el amor de transferencia*, llámase *Recuerdo, repetición y elaboración*. Allí Freud explicita, cuando habla del saber del que se trata en análisis:

"Cuando el paciente habla de este material 'olvidado', rara vez deja de añadir: 'En realidad, siempre he sabido perfectamente todas esas cosas; lo que pasa es que nunca me he detenido a pensar en ellas' (...). Por lo general, resulta imposible despertar el recuerdo de una clase especial de sucesos muy importantes correspondientes a épocas muy tempranas de la infancia y vividos entonces sin comprenderlos, pero perfectamente interpretados y comprendidos luego



por el sujeto. Su conocimiento nos es procurado por los sueños, y la estructura de la neurosis nos fuerza a admitirlos, pudiendo, además, comprobar que una vez vencidas sus resistencias, el analizado no emplea contra su aceptación la ausencia de la sensación de recordar (de la sensación de que algo nos era conocido)" (1982c, 1684).

En otras palabras, se trata de un conocimiento poseído pero que la consciencia no recordaba. Se dice, entonces, de un saber no sabido. ¿Quién quería mantenerse en la ignorancia, entonces? ¿No aparece el amor de transferencia como aliado e la resistencia, justamente cuando se estaba a punto de llegar a un esclarecimiento? ¿No es esa irrupción del amor un producto de una detección sapiente? ¿Un intento de distracción? ¡Desde luego!

Pero hay algo más con respecto a la transferencia, atada a la repetición, que es de lo que faltaba por mencionar: *"...podemos decir que el analizado no recuerda nada de lo olvidado o reprimido, sino que lo vive de nuevo. No lo reproduce como recuerdo, sino como acto; lo repite sin saber, naturalmente, que lo repite"* (Freud, 1982c, 1684). Añade, inclusive: *"Mientras el sujeto permanece sometido al tratamiento no se libera de esta compulsión a repetir, y acabamos por comprender que este fenómeno constituye su manera especial de recordar.*

Como es natural, nos interesará, en primer término, la relación de esta repetición obsesiva con la transferencia y la resistencia. No tardamos en advertir que la transferencia no es por sí misma más que una repetición y la repetición, la transferencia del pretérito olvidado, pero no sólo sobre el médico, sino sobre todos los demás sectores de la situación presente" (1982c, 1685).

Entonces, la transferencia es:

1. La forma de amar.
2. Un fenómeno que se presenta como acto.
3. Una posición ante el saber.
4. Una posición ante un objeto.
5. Un uso del objeto (al que se le transfiere por asociación) como medio para repetir.
6. Una intención.

7. Una repetición⁵
8. Una suerte de rememoración actuada, una forma particular de recordar.

La transferencia se asemeja un tanto a la labor del poeta antiguo o del historiador, poniendo de presente lo que hace parte del pasado, haciéndolo actual, viviéndolo.

Acaso sean, luego de este excurso freudiano, comprensibles estas palabras de Lacan en su Seminario 8, *La transferencia: "Al principio de la experiencia analítica, recordémoslo, fue el amor"* (1982, 10). Lacan se refiere a la presencia del 'pequeño Eros' desde el comienzo de la historia psicoanalítica, incluso para hablar de los chismes de Amoríos.

Empero, en cuanto a lo que toca al tema del dispositivo psicoanalítico, lo afirma categóricamente, Freud se sirve del pequeño Eros en el dispositivo.

"...Freud toma como camino el que hace de él el amo del temible pequeño dios. Elige, como Sócrates, servirlo para servirse de él" (Lacan, 1982, 17).

Inclusive asevera: "*La célula analítica, incluso mullida, incluso, todo lo que ustedes quieran, no es nada menos que un lecho de amor...*" (24).

El psicoanalista conoce que no es él el objeto precioso que el apasionado aduce, mas se sitúa allí, sentado fungiendo una escucha, para que el analizante lo use como objeto, para que le atribuya, para que emerja ese recuerdo actuado de la repetición en el dispositivo. El psicoanalista se pone en condición de objeto, se deja usar en pro del saber. Lacan dirá que el analista paga con su carne.

Pero la idea no es traer a Lacan, en este preciso instante, para que repita con sus letras lo que ya ha evidenciado Freud con las suyas. Se lo trae a colación, a Lacan, porque retoma una dimensión estructural, da cuenta de la existencia de dos lugares (para el Seminario 8, se habla del lugar del analizante y luego, años más tarde, ya para su seminario 17, se habla de una estructura de cuatro lugares). Con aquéllos, tal cual los concibe el psicoanalista francés hasta ese seminario de la transferencia, (es decir, hasta 1960), se elucida que hay algo de lo esotérico con posibilidades de ser pasado por un cierto matiz exotérico en una

especie de movimiento presente en la banda möbiana, en donde lo interno y lo externo resultan teniendo una misma faz, resultan siendo una misma superficie.

Dictará Lacan en su clase del 14 de diciembre de 1960: "*Esta pregunta es simple, es aquella de la transferencia. Quiero decir que ella se pone en términos ya elaborados. Un hombre, el psicoanalista, de quien se viene a buscar la ciencia de lo que se tiene de más íntimo –ya que este estado de ánimo con el que se lo aborda comúnmente – y, entonces, de eso que debería ser de entrada supuesto como siéndole lo más extraño, y por otra parte que se supone al mismo tiempo como debiendo serle lo más extraño.*

*Encontramos esto en el comienzo del análisis. Esta ciencia, sin embargo, él es supuesto tenerla⁶****. (...) No tenemos por el momento que hacer entrar allí todo lo que comporta, sostiene objetivamente esta situación, a saber, eso que debemos introducir allí de la especificidad de lo que es propuesto a esta ciencia, a saber, como tal, el inconsciente.*

De esto el sujeto no tiene, sea como sea, ninguna idea" (Lacan, 1982, 93).

Solamente pasando eso interno, desconocido para el analizante a través del otro-analista (quien funge allí de objeto-medio), se evidencia que hay algo que da una ida y una vuelta. Hay algo de lo interno que vira y que se devuelve como diferente. No podría darse esta lógica sin la figura del analista. Pero se trata de un medio para que la persona vaya tomando posición ante sus propios dichos y, sobre todo, ante su goce, ante ese saber no sabido (por la consciencia).

Es menester otro que sostenga el semblante de saber que se le ha supuesto. Ese es el otro lugar inherente sin el cual la verdad no puede emerger, sin el cual la transferencia no puede aparecer.

Pese a que aquello se pone, que se transfiere, es el saber de sí que dizque tiene el otro, el analista, el saber no sabido de sí, lo que halla el sujeto es su propia falta, falta en donde se estriba el deseo:

"Vamos al encuentro de algo. Hemos ya comprimido, bastante seriamente, la topología de eso que el sujeto, lo sabemos, debe encontrar en el análisis, en el

⁵ "*Pero cuando en el curso ulterior del análisis se hace hostil o muy intensa esta transferencia, el recuerdo queda substituido en el acto por la repetición*" (Freud, 1982c, 1685).

⁶ La sintaxis de esta afirmación es errónea en castellano. El texto original la presenta así. Empero, se nota que es mejor haber dicho: "*se supone de él que la tenga*" o "*a él se le supone que la tenga*".

lugar de lo que busca, -ya que, lo sabemos, si va en busca de lo que tiene, y que no conoce, lo que va a encontrar es eso que le falta- es por eso que articulamos, planteamos en nuestro encaminamiento precedente, que podemos osar plantear la cuestión que formulé antes como siendo aquella donde se articula la posibilidad del surgimiento de la transferencia.

Sabemos entonces, bien que es como eso de lo cual él es el faltante que se articula lo que encontrará en su análisis, a saber, su deseo” (Lacan, 1982, 93).

Sea que la posesión que se le presume al otro constituya una real sapiencia o no, sea que la encarnación supuesta en el otro sea verificable o no como hecho real, lo que interesa es que esa suposición de saber, que esa ostentación supuesta, es precisa para que emerja lo que se denomina transferencia.

13 años después de su seminario 8, en su Aún recuerda y clarifica Lacan: “*En el análisis no nos las vemos más que con eso, y no es por otra vía por donde opera. Vía singular por ser la única que permitió despejar aquello con que, quien les habla, creyó deber sustentar la transferencia, en cuanto no es distinguible del amor, mediante la fórmula ‘supuesto sujeto de saber’.*

No puedo dejar de marcar la nueva resonancia que puede cobrar para ustedes ese término de saber. A aquel a quien le supongo ese saber, lo amo” (Lacan, 2009, 69).

Como sea, entonces, precisamos de suposición de saber para amar. La presunción es la transferencia, atada, indefectiblemente, al saber.

Hasta aquí la parte psicoanalítica. Desde luego podrían decirse una miríada de asuntos, pero no es lo propio para este texto.

3. ¿Qué puede transferirse en *Synestiasis*?

Synestiasis es un grupo de discusión de carácter académico, se constituye como una agrupación *filológica*, con las implicaciones que aquel adjetivo posee, habiendo devenido un concepto, para el autor del presente texto (de este concepto puede consultarse en el libro *Universidad filológica* del mismo autor).

Dígase de una vez que este grupo no tiene las pretensiones del psicoanálisis. Eso necesariamente implica

que sus éticas han de ser disímiles. Intentarése ahora definir en qué consiste esta disimilitud.

Será el concepto de transferencia aprendido del psicoanálisis, curiosamente, el que facilitará la labor de discernimiento. La transferencia pone en evidencia una especial relación con el saber. Ante el saber no puede sino situarse la persona. La singladura de su dirección es el deseo. En otras palabras, el saber se estriba en el deseo; se presentará, entonces como deseo de saber. El saber implica una postura ante el lugar de la verdad, que es el lugar desde donde el deseo se estriba. Además, justo por estar anudado, iniciado, en el deseo, el saber implica al amor, al *ἔρως* (eros).

El concepto de la transferencia, (tanto la elucubración y la sistematización que de ella hace Freud así como el pulimento y la potenciación que elabora Lacan), permitirá hablar de la ética de *Synestiasis* como representante de un grupo de discusión en la academia.

¿A qué saber, entonces, le apunta *Synestiasis*?

El grupo de discusión se reúne una vez a la semana mientras tiene lugar el semestre académico. Cada sesión dura una hora y treinta minutos aproximadamente aunque a veces un silencio se impone, conclusivo, y la sesión se despide antes del tiempo estipulado; el caso contrario también ha acaecido cuando los temas no se agotan en ese lapso y la sesión supera los límites temporales iniciales. El metro que regula la duración de la sesión: el deseo de hablar y de compartir.

No hay un número obligatorio o determinado de integrantes durante ese transcurso. No hay tampoco obligación de permanencia. En lo que dura cada sesión cada quien puede entrar o salir según le plazca, tiene la libertad de llegar a cualquier hora que y, desde luego, así mismo rige para ausentarse. Asistir una vez, igualmente, no obliga a nadie a seguir participando. Con todo y esas condiciones, el grupo ha logrado permanecer nutrido, siempre en aumento, durante dos años ya.

Durante la sesión se discute un tema que ha sido previamente publicado tanto por correo electrónico así como a través de afiches ubicados en lugares estratégicos del campus universitario; de ese modo, los participantes pueden investigar y reflexionar. La temática propuesta cambia cada semana.

Mientras la reunión tiene lugar, se hace rotar un cuaderno en donde se le dice a los integrantes que anoten

sus nombres en él además de los posibles temas de los que quisieran platicar en alguna sesión. Con ello (y con los afiches), puede no sólo tenerse un registro de los asistentes, sino que es posible establecerse una lista temática, ponderada luego por los tres profesores fundadores encargados del grupo.

Es menester agregar que el grupo tiene las siguientes líneas temáticas: Comunicación, Historia, Cine y Literatura, áreas en las que son competentes los tres profesores encargados: Ramón Arturo Maya, Adriana Mora y Nicolás Chalavazis.

Existe la figura del moderador de la sesión, la cual se estableció por costumbre y consenso; aquél otorga el turno de la palabra, (llamado 'cetro de la palabra' cariñosamente aludiendo a las reuniones democráticas de los dánaos), dice sus verbos introductorios y cierra la sesión cuando el tiempo llega a su cabo. Aunque asisten estudiantes de varias facultades de la Universidad, (algunas veces han llegado estudiantes de otras universidades) y profesores, el lugar de docente o discente no importa; a todos, pues, se les otorga la misma condición en el saber y en la palabra. En *Synestiasis* iguala el lugar que brinda la palabra misma y la posibilidad de expresar libre pero respetuosa y argumentalmente las doxas. Hablar, desde luego, no es una obligación, puede asistirse con el único objetivo de escuchar las doxas de los demás.

Desde el comienzo las diferencias con un dispositivo psicoanalítico son evidentes:

En la praxis psicoanalítica, se ha dicho, aparece la lógica de dos lugares estructurales en donde se articula la transferencia. No hay multitudes ni opiniones diversas. No hay turnos de repartición de la palabra por un moderador; de lo que se trata en ese espacio no es de dos yoes que platican, defendiendo sus posturas, sino de un padeciente que ingresa, justamente, afectado por algo⁷, deseando averiguar por qué está inmerso en esa afección, en qué le concierne; usando entonces a otro sujeto, llamado el analista, como medio en donde engancha su pregunta. Lo que está en juego en un psicoanálisis es lo más íntimo del sujeto, cosas que le cuenta a todo el mundo o asuntos que él mismo desconocía de sí.

⁷ La *páthesis* es inherente al sujeto que habla. Gracias a ella hay posibilidad de pregunta. La inquisición se genera gracias a la transferencia, porque hay un padecimiento. No hay más preguntas que de padecimiento cuando son aquéllas serias, cuando le conciernen al sujeto, cuando no son operativas o netamente informativas.

En un psicoanálisis los temas no son impuestos, el padeciente mismo va y habla desde donde se le ocurre, regla áurea fundamental que permite la libre asociación y la emergencia de las manifestaciones del inconsciente.

Para el psicoanalista, exprésese luego de todo lo antedicho, las pretensiones de su propia persona, las demandas y achaques propios (que con seguridad los tiene por fuera del dispositivo, como cualquier otro ser que habla) han sido yugulados durante el transcurso de la sesión (al menos habrán sido solapados; a esto se le conoce como sembrar) para poder fungir una escucha con la potestad del oráculo, el cual no dice directamente, no explica solucionando aporías o imponiendo soluciones morales, sino que señala (σημαίνει -Semaínei. Signa- usando el vocablo de la sentencia heraclíteica), como un soporte de la transferencia.

Cítese el fragmento 93 del oscuro de Éfeso:

«Ὁ ἄναξ, οὗ τὸ μαντεῖόν ἐστι τὸ ἐν Δελφοῖς, οὔτε λέγει, οὔτε κρύπτει ἀλλὰ σημαίνει» (Cornavaca, 2008, 256).

Es decir, "El soberano cuyo oráculo está en Delfos, ni dice ni oculta sino que da indicios" (yo, en otros lugares, he solido traducir al verbo σημαίνει (semaínei) como signa, por lo que el verbo enfatiza también al señalamiento, a la asignación).

Ocupar el lugar de oráculo, entonces, es mantener el desajuste, mellar la consistencia imaginaria, supone una función de desajuste para no llenar con explicaciones o palabras que el padeciente espera oír. El oráculo devuelve algo que requiere de interpretación, devuelve algo que se sostiene en el mismo texto desde el cual el sujeto ha versado; es con eso con lo que el sujeto tiene que irse, pero no se trata de códigos morales o de conductas deontológicas propuestas para el sujeto. A veces, la voz del psicoanalista devuelve meros enunciados, firmas, con las que el sujeto debe vérselas.

No se trata, en resumen, de palabrerías, de barullo que opaque la oquedad del sujeto ni su responsabilidad ante el deseo.

En *Synestiasis*, de otro modo, habla, si lo desea, el yo para exponer su postura, para justificarse, para pavonearse ante un saber, para evidenciar una duda... No es escopo fundamental para el grupo la emergencia de un saber del inconsciente; si emerge, empero, no es intención explícita retornarle al dicente un dicho oracular para que se confronte con la posición que ha

tomado en la vida. Cada persona, al fin y al cabo, sabe qué palabras o hechos lo afectan. De eso, *Synestiasis* no puede saber.

Es seguro, en todo caso, que los sujetos se acercan a la reunión con sus padecimientos, con su historia, con su postura ante su historia. Ser un humano es tener de antes, además de las afecciones que brinda la biología, los padecimientos que permite el lenguaje. El ser que habla es, estructuralmente, un padeciente.

Sin duda, algunos encuentros de *Synestiasis* pueden afectarlo, pueden propiciar la expresión de sus pasiones; inclusive, es plausible que las intervenciones de otro análogo le brinden otra significación a la propia existencia, como de hecho ya ha verificado. Hay de clarificarse que esa condición no es inherente a *Synestiasis*, se evidencia con cualquier encuentro humano.

Si cualquier humano por serlo, es decir, por habitar en la dimensión simbólica, por haber sido fundado por Otro, es *pathético*, afectado, y si en cualquier encuentro pueden ponerse las pasiones, ¿en qué se diferencia cualquier encuentro de *Synestiasis*? ¿En qué se diferencia *Synestiasis* del psicoanálisis?

Afirmese que padecer, al ser fundado por el significante, al ser el humano un ser que habla, un ser en falta, es lo dado para cada quien. Dígase asimismo de las afectaciones de la significación. Todo humano ingresa, adonde sea, con esa condición inherente.

Lo que establece las diferencias serán las lógicas de los discursos ante los cuales el sujeto se ubica. Por eso en este texto se hablará de lo que *Synestiasis* significa como discurso. Al ser un discurso, posee una lógica, responde a una intención.

Diferénciase de otro encuentro, primero, en la lógica con la que fue forjado: es decir, la significación de los lugares y de las funciones que cada miembro ocupa y, segundo, en la advertencia conceptual que tienen los docentes fundadores y moderadores.

Una distancia evidenciable con respecto al Psicoanálisis se evidencia en las consecuencias que padece el sujeto al articularse a la lógica particular del grupo. Si bien para ambos espacios el deseo de saber ocupa un lugar fundamental, el escopo de cada estructura lógica tiene consecuencias distintas con ese deseo.

Sea dicho de esta manera: en *Synestiasis* se hace otra cosa con el deseo. Se empeña el grupo en articular el

deseo del muchacho al saber que le permita al participante generar un lazo social académico, que le posibilite respetar el lugar del otro análogo. El grupo se dará por bien servido si sus integrantes aprenden a respetar la opinión del otro, si logran asumir la posición de argumentarle al otro con rigor las posturas propias. El interés del grupo radica en que el estudiante aprenda a hacer algo con la posición del análogo, presupuesto necesario siempre para quien desee habitar la universidad y la sociedad.

En el psicoanálisis, si bien el lazo social es importante, al señalar la falta, al lograr un encuentro con el deseo del sujeto, hay una propuesta de abandono de la postura de goce que cada sujeto ha tomado ante los mandatos del otro análogo y ante el Otro.

Lo que se hace con la posición ante el deseo en cada espacio, es diverso.

En el grupo académico el concepto de transferencia es, más bien, una información conceptual, una formación, con la que cuentan los docentes para poder enfocarla al lazo social pegado a la academia. La transferencia resulta una advertencia.

Si la transferencia resulta siendo la forma en la que el humano ama, la diferencia radicaría entonces en la dimensión ética que supondría ese fenómeno, esa puesta en acto, en cada espacio. La transferencia se articula a una lógica y, según esa lógica, aquélla arroja unas consecuencias para el sujeto. El discurso implica una lógica, una ley discursiva que coordina las relaciones entre los sujetos.

Transferimos los humanos, amamos entonces, debido a que somos seres de discurso, de vínculo, a razón del significante.

Tengan cabida aquí tres citas del seminario 20 de Lacan, a propósito del discurso como vínculo:

"Se distingue aquí algo que no es más que efecto de discurso, del discurso en cuanto tal, es decir, de algo que funciona en cuanto vínculo" (45).

"Toda dimensión del ser se produce en la corriente del discurso del amo, de aquel que, al proferir el significante, espera de él lo que es uno de sus efectos de vínculo, que no hay que descuidar, y que depende del hecho de que el significante manda. El significante es ante todo un imperativo" (43).

"A fin de cuentas, no hay más que eso, el vínculo social. Lo designo con el término de discurso porque no hay otro modo de designarlo desde el momento en que uno se percató de que el vínculo social no se instala sino anclándose en la forma como el lenguaje se sitúa y se imprime, se sitúa en lo que bulle, a saber, en el ser que habla⁸.

El significante, podría afirmarse esperando no malentender las intenciones del psicoanalista francés, es un imperativo de sometimiento, de identificación; imperativo de asunción de lugar y función ante otros. Si los discursos tienen consecuencias en los sujetos, si afectan contando con la transferencia, es debido a que el imperativo del significante del amo de ese discurso es "¡Sé eso, vuélvete eso, encarna eso!". ¿Ser para qué? Sólo se es ante el otro, para otro. Allí radica el lazo social del discurso. Ser algo es asumir una posición, un vínculo, así sea cojo.

La transferencia es una condición, una posibilidad, un movimiento, un acto, un fenómeno, una erótica particular. La transferencia es evidencia de que el sujeto fue afectado, fundado, por el significante. La lógica, al menos en este texto, (sábase que hay mucho más que decir sobre ella), tiene una dimensión simbólica, incluye lugares y funciones coordinados en la estructura. La lógica correlativa, la ley, es evidencia de estructura. La estructura es producto, es consecuencia, de la acción del Otro, del lugar del Otro mientras que la transferencia es la posibilidad drástica de atarse a una lógica determinada, a un sintagma particular, a una relación con el otro análogo. **En la transferencia hay lazo social que no puede ser más que amoroso**, existe un reconocimiento del otro análogo. Acaso, haya, simultáneamente, alguna distancia o apartamiento del otro. Tema es aquél que debe ser tratado en otro texto.

En el discurso, en esa lógica significativa y por ello imperativa, el sujeto se ata, con su erótica. Ἔρως (Eros) siempre está presente en el ser que habla. La erótica, que viene siendo aquí la postura particular de cada quien, encuentra la manera de atarse a la lógica del otro, a los lugares y funciones del otro (al sintagma particular) pero, igualmente, asume una posición única *idiotrópica*, no necesariamente cumpliendo todo lo que el discurso propone. Se establece una

postura propia de amar, una vacilación entre el deseo y el mandato del otro, posición siempre ante otro, ante el Otro del discurso, además. La erótica, la transferencia, es el límite del sujeto. Límite ante el otro, límite para el otro, límite de sí (suyo). El límite permite hacer demanda, elección. Sin corte, sin límite, no hay posición ni lógica. De entrada, la transferencia se establece como una lógica erótica, como una posición, como un lazo social, como una evidencia de la falta, de un no-todo.

Los docentes que lideran el proyecto de *Synestiasis* están enterados, (no sólo gracias a la empiria que regala el ejercicio de la docencia, sino gracias a la praxis teórica), de que pueden llegar a ser un medio a través del cual los participantes imponen su investidura. Se saben la percha sobre la cual cada quien cuelga su atuendo. Este conocimiento, seguramente, tiene consecuencias en la dinámica del grupo.

Lo que distingue a la transferencia erótica que se da en las relaciones amorosas de la transferencia que permite *Synestiasis* sería que en este último, el Eros se pasa por la *philia*. La filiación se establece como límite, además del objeto del grupo: el amor al saber, a la palabra y al lugar del otro.

En todo caso, el movimiento de investidura no puede controlarse, no puede programarse. Cada sujeto la impulsa, cada sujeto se lanza con su atadura erótica gracias a una suposición en el otro, presunción de lo que el otro es, sabe o tiene, que tiene la consistencia que adjudica lo imaginario.

Synestiasis no pretende control, disposición o programa de la investidura, mucho menos propone qué ha de pensarse o valorarse moralmente. El saber (de las posiciones del otro), la fraternidad y la estatura de la



8 Ídem. pág. 68. Lección del 13 de Febrero de 1973. Acaso imprudentemente me tomé la libertad de corregir una tilde en el párrafo original por considerarla un error dentro del contexto. En todo caso, le doy al lector la forma original en la que venía el escrito: "...sino anclándose en la forma cómo el lenguaje se sitúa...".

palabra son lo fundamental en la fluencia de la agrupación. Se afirma que el movimiento de investidura es involuntario para señalar, por un lado, que el docente no puede activar o acelerar el cuándo se transfiere o el qué transferido. Por otro lado, la afirmación denota que el mismo sujeto transferente no conoce realmente qué es lo que pone sobre el otro ni cuáles son las consecuencias (que repite y recuerda) de esa investidura en su propia vida.

No hay, asimismo, planteado de antemano un declarado deseo de saber de algo íntimo en el grupo de discusión, de algo de sí, que permita una suposición de saber en el otro. Más bien debería decirse que el participante llega a *Synestiasis* convocado ya por un deseo (acaso inconsciente, acaso no elaborado) de saber algo o por el fulgor que él supone en quienes participan o en el proceso mismo. Si los temas publicados ("Lo femenino", "la pesadilla", "la libertad", etc.) convocan, es porque generan alguna pregunta por saber. Suele llamársele a eso curiosidad, por ejemplo. En otros casos, no es curiosidad sino deseo de exponerle a otro un saber propio. Es como si el sujeto dijese, 'yo de ese tema sé y puedo compartir ese saber con otros'. No hay, como acontece en un psicoanálisis, un requerimiento que le exija al sujeto que asuma una posición ante su deseo para que se encuentre con su falta.

Pese a que se predijo que ante el saber los participantes de *Synestiasis* son iguales, lo que implica que cada quien habla desde su verdad, verdad del yo, *doxa* que es respetada, los docentes tienen una intención, la de generar deseo de saber más en los estudiantes (un saber académico), esto incluyendo el lugar del otro, respetándolo, teniendo como método la dialéctica.

Synestiasis es un sintagma, una oferta discursiva más en una sociedad, un ofrecimiento de relación con los otros análogos, (eso que Freud llamaba en su texto *Psicología de las masas y el análisis del yo* de 1915 una masa superior, según el concepto de McDougall) que le apuesta al lazo social con intereses académicos.

La aspiración de *Synestiasis* es que el participante se deleite con la palabra expuesta al otro, que se regodee con la dificultad de tener que hablarle al análogo debidamente y de escuchar sus argumentos.

Al pertenecer a la universidad, sigue siendo *Synestiasis* un discurso que defiende al yo. La diferencia radica en que lo impulsa a que sea un yo con otro.

...

¿Qué puede transferirse en *Synestiasis*, entonces? ¡La erótica de cada sujeto enlazada a un tema propuesto, situando al participante en la asunción del lugar del semejante que puede llegar a pensar distinto, con el cual se puede platicar y debatir!

¿Qué pretende *Synestiasis*? Que los participantes quieran saber del saber y de las posiciones del otro.

No dista la afiliación que se establece en el grupo, entonces, de aquélla que aparece en un aula de clase en cuanto a lo que a la transferencia se refiere. Queden como colofón de este apartado algunas palabras de Freud en su texto *Sobre la psicología del colegial*, de 1914:

"...no sé qué nos embargó más y qué fue más importante para nosotros: si la labor con las ciencias que nos exponían o la preocupación con las personalidades de nuestros profesores. En todo caso, con éstos nos unía una corriente subterránea jamás interrumpida, y en muchos de nosotros el camino a la ciencia sólo pudo pasar por las personas de los profesores: muchos quedaron detenidos en este camino y a unos pocos -¿por qué no confesarlo?- se les cerró así para siempre.

Los cortejábamos o nos apartábamos de ellos; imaginábamos su probablemente inexistente simpatía o antipatía; estudiábamos sus caracteres y formábamos o deformábamos los nuestros, tomándolos como modelos. Despertaban nuestras más potentes rebeliones y nos obligaban a un sometimiento completo; atisbábamos sus más pequeñas debilidades y estábamos orgullosos de sus virtudes, de su sapiencia y su justicia. En el fondo, los amábamos entrañablemente cuando nos daban el menor motivo para ello; mas no sé si todos nuestros maestros lo advirtieron. Pero no es posible negar que teníamos una particularísima animosidad contra ellos, que bien puede haber sido incómoda para los afectados. Desde un principio tendíamos por igual al amor y al odio, a la crítica y a la veneración. El psicoanálisis llama «ambivalente» a esta propensión por las actitudes antagónicas." (Freud, 1982d, 1893)

4. ¿Qué es preguntar, entonces?

Díjose al iniciarse este texto que preguntar constituye un empeño por saber algo que se relaciona, como desplazándose, con otra cosa; establece un acto de apuntación que obsequia a la interrogación cualidades significativas. Ahora puede afirmarse que lo que se desplaza, suponiéndolo, es un saber.

El acto inquisitorio, moción que sólo puede ser *pathética* (por ello, emocional, si nos atenemos a lo que en el latín el vocablo *emotio* suscita: a eso que lleva a moverse por algo o, mejor, lo que se mueve en cada quien) le apunta a una significación que colme, que apacigüe; se encamina desde un sitio, deducido gracias a la pregunta misma, solicitando llegar a otro.

Es la habitación del universo simbólico, del lenguaje, lo que hace que exista la posibilidad estructural de la pregunta y, con ella, del amor. Sólo gracias a la propiedad básica del significante, la de no sustentarse por sí mismo, la de tener que remitir a otro para explicarse, la de implicar un movimiento para adquirir un sentido, sólo gracias a esa propiedad la pregunta tiene un lugar estructural de desajuste.

La falta, en este caso podría llamarse de sustento, de explicación, de ser una unidad un *tautón*, está evidenciada en esa propiedad del significante. El significante debe remitir a otro para poder explicarse, no puede 'ser el que es'. Esto, desde luego, evidencia a la significación, porque explicar a un significante con otro, moverlo de uno a otro para retornar al punto de partida, trae consigo una consecuencia significativa. Lo que le viene al significante inicial, con ese movimiento, es la significación.

Mas, la remisión, el movimiento, el desplazamiento, demuestran una imposibilidad, una falta de ser completo que el significante detenta, que aquél demuestra.

Preguntar se lía al amor y a la significación. El amor es el movimiento atado a las implicaciones significativas (aunque, desde luego, no todo en el amor puede ser significado. De eso no se hablará aquí). La moción se hace a otro lado, al otro. Amar implica un desajuste, una falta, que se considera puede ser llenada, obturada, con lo que se cree que el otro puede ser: el colmo. Todo amor añora un colmo, una plenitud. El amor desea que la parte se haga uno, anular una falta en la que se vive, que se detecta, de alguna manera, en sí.

La ilusión del amor es anular la falta, pero por ello, verifica el haberla detectado con antelación, supone haberla padecido y haberse molestado con ella: "*Hace tiempos escandí con cierto 'Hay Uno' lo que constituye el primer paso en esta averiguación. Este 'Hay Uno' no es sencillo, y aquí viene al caso decirlo. En el psicoanálisis, o más exactamente, en el discurso de Freud, ello se anuncia con el Eros definido como fusión del dos vuelto uno, del Eros que, poco a poco, tenderá, al parecer, a no hacer más que uno de una inmensa multitud*" (Lacan, 2009, 82).

Desde luego, esta intención siempre llevará a un fracaso, puesto que la falta no es falta de algo real del mundo, no es una carencia de un objeto o de alguna persona en específico, es falta que evidencia la entrada en el lenguaje, inherente y estructural por ser la huella del Otro, marcación del Otro, falta del Otro.

"*Pero, como se ve a las claras que ni siquiera todos ustedes, tantos como están aquí, multitudinarios ciertamente, no sólo no son uno, sino que además no tienen posibilidad de serlo –tal como queda de sobra demostrado, y, diariamente, así fuese comulgando con mi palabra- resulta que Freud haga surgir otro factor que sirva de obstáculo a ese Eros universal, y lo hace surgir bajo la forma de Thánatos, la reducción al polvo*" (Lacan, 2009, 82).

Si bien Lacan insinúa que Freud consigue en su Thánatos a una metáfora, un ingenioso recurso, para explicar por qué ese principio universal de Eros, ese principio católico del placer nunca se cumple, resulta asignable para estas letras que el Eros quiere, exige, supone un colmo, anhelo con el fracasado garantizado de entrada.

Como fuere, el amor persigue a la completitud, a la esfericidad, puesto que Eros, eso que Él designa, nace de una falta, se sostiene en ella; es hijo de *Penía* (pobreza. El vocablo *πόνοσ* (*ponos*: dolor, fatiga) se relaciona con aquél otro) afirma Platón en su *Simposio*, poniendo a la mujer como lugar de la verdad, (a Diotima). La falta es estructural, marca del Otro, ausencia que cuenta como lugar.

El significante al desplazarse hacia otro significante, para explicarse, para sustentarse, evidencia la condición de la falta e introduce a la significación, que es lo que insiste gracias a esa falta inherente. La significación resulta un intento por tapar imaginariamente lo que estructuralmente no puede taparse. La significación es un intento por decir que nada falta, que se puede obturar, explicando.

Cuando esa consistencia imaginaria brindada por la significación, esa sensación de paz que regala la significación, falla, cuando no logra brindar la sensación de que todo está bien, de que todo marcha consistentemente, surge el malestar sentido como afección, es la afección en sí misma, de que algo falta. En el registro de la significación en el que habita el ser que habla ábrese la duda que, ulteriormente, se inquiere, toma forma de pregunta porque se siente que lo que falta puede ser un saber, un saber hacer con lo que ahora molesta. A esa afección el psicoanálisis la llama síntoma.

La inquisición se lía, se articula a una esperanza de significación que pueda lograr el otro luego de que el sujeto mismo no logra la consistencia y la paz deseada. La inquisición surge cuando se traslada el saber hacer en otro cuando el sujeto se vio excedido por su afección.

Toda interpelación espera, entonces, algo. Esta esperanza querría -al menos esa es la demanda expresa en la interpelación- cerrar la brecha que el mismo registro significativo procura, obturar la falta en la que estructuralmente el ser que habla se sostiene.

En el anhelo saber, en la pregunta que resulta como su manifiesto, usualmente subsiste un deseo de oclusión, de colmo (esto explicaría por qué muchos prefieren explicaciones completamente risibles, insensatas para algunos otros: Lo que importa es la pacificación que el colmo dispensa, más que la verdad misma).

Inquirir muestra un anhelo por cerrar una brecha con la que el propio sujeto se encuentra. Allí, justamente, entra el lugar del otro a quien se le supone la posibilidad, casi sanatoria, de tener o saber lo que obture al hueco que se ha abierto.

Preguntar implica un lazo social. Al suponerle un saber al otro, se le reconoce como tal, como semejante, por eso se le ama.

Toda interpelación acontece dentro de un discurso, en un lugar, fungiendo un supuesto 'cometido' en ese lugar, asumiendo un papel ante lo que se supone que el otro (o el Otro) desea. Esta posibilidad, sólo discursiva, sucede en una correlación, inherente, con los demás elementos del sistema.

La lógica significativa, los significantes amo de cada discurso, condicionan la lógica del vínculo social, por lo cual interrogar tiene consecuencias según la posición lógica que cada discurso asume, verbigracia, ante el saber. No es lo mismo dudar de los dogmas en el discurso de la Iglesia que dudar de ellos en el discurso de la filosofía. Se trata de morales diferentes. Toda moral depende del lugar significativo que tienen los significantes amo en cada discurso. Un examen posible de hacerse al discurso radica en esta inquisición: ¿A qué saber le apunta el discurso y, por ende, cuál es el lugar de la verdad allí?

La interrogación implica una falta, una incomodidad y hasta una inconsistencia. Supone, asimismo, una aceptación de la evidencia de que algo ha mellado, apocado, resquebrajado la consistencia imaginaria del yo. Aquella desarticulación es posible gracias al

discurso. Ese desajuste resulta ser el efecto del otro, condición al estar intrínsecamente vinculado al semejante, que sólo de ese modo puede afectarnos. En esa condición emerge la pregunta.

El resquebrajamiento es una muestra, acaso siempre, de la existencia de lo externo: vocablos que afectan, muestran y significan; situaciones que exceden. Preguntar evidencia un malestar y, su intención, implica, en primera medida, un intento de reestablecimiento del equilibrio pacificador de la consistencia imaginaria.

No hay pregunta sin lenguaje. El lenguaje, justamente, es evidencia de la falta. La angustia del sujeto, eso que se viene llamando aquí inconsistencia, es justo el encuentro con una falta, si bien no de nada real del mundo, de cosas del mundo, sí de la condición consubstancial de la falta que se pega a cualquier objeto del mundo.

5. ¿Qué implica preguntar en Synestiasis?

Desde luego, preguntar implica un querer saber algo. En Synestiasis, entonces, podría decirse, dadas las condiciones del grupo, que preguntar allí implica un querer saber de sí, puesto que se pregunta desde el lugar desde el cual se expone y se exhibe.

Empero, este grupo está advertido de la condición del lenguaje. Preguntar en el grupo no pretende lo imposible (colmar la falta) para brindar la ilusión pacificante, sino, al contrario, para mantener el desajuste. Afírmese con contundencia: Preguntar en Synestiasis desajusta porque las afirmaciones allí tienen la estatura de una sentencia oracular.

En el desajuste, en la evidencia de la falta, lo que emerge, es consabido, es siempre una pregunta. Por eso, la pregunta (ἐρώτησις: *erótesis*) en el grupo implica una posición amorosa (ἐρωτική θέσις: *eroticé thesis*), una *tesis erótica*.

Synestiasis fúndase cual un grupo tangencial al currículo de la Universidad. Su escopo fue (y continúa de tal modo), el de recordarle a los estudiantes y demás miembros de la comunidad académica, que la fundación de la Universidad, tal cual se plantea en el libro *Universidad filológica*, no fue solamente un asunto curricular sino, primeramente en el cosmos antiguo, una dinámica en donde el deseo de saber se pasaba por el otro a través de la palabra.

No es, entonces, la congregación una obligación o una materia específica que haya de ser cursada, no implica la moral y obligación de la universidad (moral proveniente del otro, sumisión que voluntariamente ha elegido y consentido el estudiante). Concurrir, entonces, supone la evidencia del deseo por saber de algo que no ha sido impuesto desde afuera; empero, ello es, al mismo tiempo, una apuesta por pasar ese deseo por el otro análogo.

Consistir implica una evidencia del propio desajuste y una esperanza puesta en la palabra que se dirige al otro. Del análogo se espera algo, aunque no podamos expresar consciente y deliberadamente de qué se trata. Como fuere, se evidencia lo erótico (inquisitivo) al otorgarle un lugar al análogo, también hablante; un sitio filológico. Si bien el escopo de la reunión no es el saber del inconsciente, sí es el de propiciar el desajuste para percatarse del padecer propio, para facilitar el concernimiento erótico que implica el preguntar cuando está articulado al deseo de saber de sí, pasado por el análogo.

Referencias

- Cornavaca, Ramón. (2008) *Presocráticos*. Fragmentos I. Ed. Losada, Barcelona.
- Freud, Sigmund. (1982a) *La dinámica de transferencia*. Biblioteca Nueva, Madrid.
- Freud, Sigmund. (1982b). *Observaciones sobre el 'amor de transferencia'*. Biblioteca Nueva, Madrid.
- Freud, Sigmund. (1982c). *Recuerdo, repetición y elaboración*. Biblioteca Nueva, Madrid.
- Freud, Sigmund. (1982d). *Sobre la psicología del colegial*. Biblioteca Nueva, Madrid.
- Lacan, Jacques. (1982) *Seminario 8: La transferencia*. Lección del 16 de noviembre de 1960. S.p.i. Buenos Aires.
- Lacan, Jacques. (2009) *Seminario 20. Aun. Del goce. Paidós*, Buenos Aires, 2009.